

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 03 de Octubre de 2008

LA VOZ DE ENTRE LOS CARTONES

Me llamo Luciano, tengo 47 años y desde hace quince años estoy abocado a practicar la indigencia. Yo soy consciente de los errores que he cometido. Supongo que el Hombre es así. Es consciente de los errores que comete cuando ya los ha cometido y no tienen solución. Muchos de ellos han sido problemas cuya solución no he sido capaz de encontrar. Otros han sido fruto de mis vicios, de mi locura de vivir. Locura, que al final, se ha destapado, se ha descubierto como un verdadero infierno. Las consecuencias de todo todavía las estoy sufriendo. Y creo que todavía me queda bastante terreno por delante sobre el que arrastrar el pesado pecado de ser pobre hasta llegar a mendigar.

Nosotros, los mendigos, somos unos seres muy extraños. Creo que somos los únicos cosmopolitas que en realidad existimos. No creo que haya un sector social que comparta más kilómetros recorridos. Alguna vez oí decir a alguien que nosotros somos parecidos a las tortugas, que caminan sin importarles su lugar de nacimiento, llevan consigo su hogar y no miran hacia atrás en busca de la última mirada de sus hijos. El mendigo carece de hogar. Porque todo es su hogar. Lo mismo es un banco, que un cajero, o un puente. No lleva a cuentas más que sus pertenencias. Y al pronunciar esta palabra, *pertenencias*, no puedo evitar que una sonrisa sarcástica se forme en mi rostro. Es muy triste, pero el significado de *pertenencias* no va con nosotros. Nosotros solo tenemos encima harapos y mucha suciedad. De alguna forma, es como si la atmósfera, el suelo, el ambiente que nos rodea, nos abrazase pringándonos y rompiéndonos las ropas. Los mendigos no tenemos lugar de nacimiento. Eso pertenece a un pasado al que no podemos volver, porque volver allí, volver al tiempo en que éramos como cualquier persona normal embarga nuestra alma de una tristeza que nos enferma durante días. Nuestra mente ha eliminado todo síntoma o rasgo de felicidad anterior. Por eso nuestra mirada nunca más podrá ser la que tiene un hombre de nuestra época, sin problemas. Denota melancolía, pero una melancolía sin paisajes, sin vivencias, sin personajes, todo oscuro, todo sin nada. Y eso es precisamente lo que arrastramos tras de nosotros, Nada. Y pesa demasiado. No tenemos familia. Nada. No podemos recordar la última mirada, entristecida o lacónica de nuestros hijos. Nada. El último abrazo de mi esposa. Nada. Simplemente, porque no existieron. Nada de eso existió. Y a veces, hasta yo mismo pienso que todo lo anterior lo he borrado porque tampoco existió en verdad. Uno se da cuenta en la situación en la que se encuentra cuando al cubrirse el cuerpo estremecido por los tiritones del frío, se le pasa por la mente aquéllas noches en las que se arrojaba con las sábanas suaves que su mujer acababa de poner, recién planchadas. Y es que, a veces, no solo la mente juega malas pasadas. El tacto, la piel emula sensaciones que traicionan a esa Nada que continuamente te acompaña. Y aunque luego la cara se te corte por el frío y la humedad, desprendes enormes lagrimones, lagrimones que no son sino el peaje duro y macabro que debes pagar por seguir viviendo cuando lo más fácil hubiera sido arrojar la toalla y detrás de ella, arrojar tu cuerpo hacia donde nunca más podrá cometer los errores que lleva encima.

Y esas sensaciones son muy crueles. Cada día que pasa, noto más el peso de una muerte arrastrada en vida. Pienso que es mi alma la que está muerta y por eso debo cargar con ella. Los tobillos me fallan en muchas ocasiones y creo que, aunque soy consciente de que no es así, he engordado varios kilos sin darme cuenta. Mi alma se encuentra en estado vegetativo desde aquel día en que la persona que más me ha dado en toda mi vida me expulsó del que había sido mi hogar. Pero mi hogar ya no era ese. Apenas pisaba por casa. Últimamente ya ni me acordaba exactamente donde vivía. Porque vivía de taberna en taberna, de prostíbulo en prostíbulo, refugiándome en las máquinas tragaperras y en el calor que las prostitutas me proporcionaban. No era consciente del error en el que estaba cayendo. Toda mi carrera de empresariales, todo aquello que había construido con muchísimo esfuerzo y dedicación lo dilapidaba repartiéndolo entre los diferentes antros que ante mí se extendían. La empresa de material de construcción estaba a punto de quebrar, la crisis había sido tan apresurada que no me dejó tiempo para buscar una solución económica. Y los dolores de cabeza son muy destructores. No por el hecho en sí del dolor físico. Es que resulta penoso y avergonzante afrontar que tu empresa ha pasado de ser la que más creció en los últimos cuatro años, a, casi en un año y medio, una empresa en bancarota. Todos y cada uno de los trabajadores que iba despidiendo, me iban apuñalando en lo más profundo de mi corazón. No podía evitar la sensación de que les estaba traicionando. Sus familias pasaban una a una por mi mente a través de sus pupilas entristecidas. Supongo que aquello era una profecía de lo que a mí me estaba esperando, con paciencia. Pero claro, el poco dinero que había, con el poco dinero que ganaba, se fue gastando hasta el punto de que me embargaron mis posesiones. Suerte que mi hogar y el coche de mi mujer no lo pudieron tocar, ya que se encontraban a su nombre. Si no, estoy seguro de que no me lo hubiera perdonado y hubiera atentado contra mi vida, si es que no lo había hecho ya suficientemente. Hay rutinas que matan, pero hay rutinas que asesinan. Las rutinas normales, la de todos los trabajadores puede resultar cansina y amarga. Pero la rutina de la vida que yo seguí durante los últimos seis meses antes de dejarlo todo, ésa es la que asesina. Supongo que aunque físicamente yo no me suicidé, mi alma sí lo hizo.

Y a veces, hasta dudo de que algo vivo de mi alma quede en mí. El otro día, mientras estaba recostado sobre uno de los bancos que rodean una de esas fuentes que todas las ciudades tienen en el centro del parque, contemplé una escena que me hicieron emerger unos sentimientos que no sabría muy bien cómo describir. Un hombre de unos treinta años, vestido de traje y corbata, acompañaba a su hija pequeña que portaba una pequeña carterita a sus espaldas y tenía un enorme abrigo rojo. Pararon a descansar justo en el banco que se encontraba frente a mí. Y comenzaron la típica conversación que pueden mantener un padre y una hija a esa hora de la tarde. El padre, minutos después, fue hacia un kiosco que había cerca de allí y le compró una bolsa de gusanitos. No pude evitar que las lágrimas volvieran a pasarse por mis mejillas. Sonreí, pues me pareció aquello de una ternura sin igual. Y me pareció por unos momentos que aquél hombre era yo mismo hacia unos años, y aquella pequeña era mi propia hija. Y por un momento pensé: *el pasado existe y es real*. Pero la Nada me devolvió a la realidad.

Yo no sé si existe el Infierno. Pero si existe, debo estar perdido dentro de él. Aquí sabes que nadie se preocupará por ti, que no esperas la llamada del amigo para contar tus penas y alegrías, que no te despertará tu pequeño en mitad de la noche porque tiene miedo, que no hay barbacoas ni celebraciones. No hay cumpleaños, ni días del padre, ni nada. Nada. Nada. Repito mucho esta palabra, porque en realidad es lo único que se repite en mi vida desde que dejó de ser mi vida... nada. Y esa Nada la compartes con mucha gente que, sin darte cuenta, camina por el mismo camino angosto en el que tú también caminas desde hace tiempo. En sus historias cambian el lugar de procedencia, la edad o la condición social de la que partían, pero los errores siguen siendo los mismos. Dicen que el dinero es la carrera del Infierno y que son excrementos del diablo. Ahora ya puedo decir, sin ningún temor a equivocarme que esto es así. No existen diablos de cuernos de camero y pies de chivo. No. No existen infiernos

de calderas hirvientes. No. Los infiernos están aquí mismo. Aquí, en nuestra vida terrena. Y no tienen color, ni temperatura, ni sabor. Porque todo se resume en Nada. Eso es el Infierno: Nada. Cuando Nada queda, nada tienes y nada te cabe esperar. Sin pasado, sin presente y sin futuro. ¿Se puede ser más desgraciado? Llega el momento en el que nada te importa. Un perro, también vagabundo (el mejor amigo del hombre también es capaz de compartir los peores momentos, ya verán por qué) se te orina encima y no haces nada por evitarlo. Un grupo de chiquillos se empeñan en lazarte unas cuantas piedras y ni te cubres por si tienen suerte y aciertan con darte en la sien o en la nuca y así también salir tú del Infierno.

Sin embargo, y aunque dicen que al final del túnel, de la oscuridad, siempre aparece un haz de luz, no creo que eso sea real. Pero estoy recientemente sorprendido. Cuando ya la Nada había logrado que toda mi vida anterior se me borrara por completo, me ocurrió lo impensable. No me acordaba ya de lo que significaba alucinarme. Y aluciné. En el paseo cercano a la estación de tren, caminaba yo precisamente en dirección a la estación, cuando a lo lejos vi algo negro que se acercaba hasta mí a gran velocidad. Conforme se iba acercando iban reproduciéndose en mi mente, en un flashbacks en toda regla, las imágenes y sensaciones que un pequeño ser me había hecho sentir durante algunos años. Efectivamente, era Travis, un pequeño perrillo que me regaló un compañero hacía ya unos cuantos años. Cuando llegó a mi altura se tiró a mí y me relamió toda la mugre que en las manos y en la cara tenía. Rompí a llorar como un niño pequeño, no lo pude soportar. Y lo abracé fuerte. Comprendí que por lo menos un miembro de mi familia no me había olvidado: mi siempre fiel y servicial Travis. Lo encontré más apagado de lo que yo recordaba, pero claro, habían pasado por encima ya unos cuantos años. Pero los años no nos importaban ni a él ni a mí. Para mí, Travis y Cristo son la misma persona. Si Cristo existe, por lo menos espero que las sensaciones sean las mismas que tuve cuando encontré a Travis. Mi gran y fiel amigo había sido vendido por mi mujer a una familia vecina de donde yo vivía. Lo supe porque posteriormente llegó su nuevo dueño a recogerlo. Una lanzada muy fuerte me traspasó por completo mi alma, si es que todavía quedaba algo de ella.

Y aquí sigo, sufriendo mi propia muerte en vida, mi Infierno, mi Nada. Nadie, ninguno, ninguna, nada... todas son referencias de la misma familia. Esa familia que me acompaña desde hace unos años y que, si Dios no lo remedia, o yo no me impaciento, me seguirá acompañando durante el resto de mis días. Días de infinitas horas, horas de infinitos minutos y minutos de infinitos segundos. Es lo que tiene la Nada, que la dimensión espacio-tiempo tampoco existe.

Este artículo está dedicado a aquéllos que sufren ante nuestras narices, pero sufren sin hacer ruido, sin que nadie los escuche a pesar de que tienen buenas historias que contar. Historias que nos ayudarían a no caer en los mismos errores que ellos llevan arrastrando por nuestras calles. Calles que llevan siendo sus hogares durante años. Años que han sido y serán un infierno mientras vivan. Mientras vivan una vida que no existe y en la que no tienen familia ni amigos. Solo les queda eso: Nada. Es decir, el Infierno.

A VOSOTROS, INDIGENTES, SABIOS Y EXPERTOS EN LA DIFÍCIL CIENCIA DE LA VIDA QUE DUERMEN A LA INTERPERIE